

# ¿Apocalipsis? ¡Now!

Jean Meyer

*Sería un error afirmar que Bin Laden representa el islam, como también lo sería sostener lo contrario. Hay una parte del islam que se resiste a la secularización, y todavía considera al Estado y la política como esferas de la religión. La preeminencia de una de las partes sobre el resto será decisivo para los próximos tiempos.*

**N**os guste o no, en los últimos 30 años, la mayoría de los actos terroristas han sido realizados por hombres salidos de países musulmanes. ¿Existe una relación entre islam y terrorismo? La pregunta va en serio y para contestarla hay que afirmar primero varios puntos. La cronología es esencial: «Los últimos 30 años». Hubo una época, entre 1870 y 1919, en la que decir «ruso» significaba decir «posible terrorista». Ni antes ni después funciona la ecuación *ruso* = *terrorista*; por lo mismo, no hay para todos los tiempos y todos los lugares una regla *musulmán* = *terrorista*.

Segundo punto: en los últimos 2.000 años los tres grandes monoteísmos parientes, y también el budismo y el hinduismo, han engendrado, con una ambigüedad tan perfecta como constante, lo mejor y lo peor; entre lo peor, las sectas apocalípticas. Tienen en común una lectura «pura» (eso dicen los sectarios) y dura de las «escrituras sagradas», una voluntad de regresar a una pureza original, primitiva, negando asimismo la historia; hablar de secta no es decir que el número de sectarios es pequeño; pueden ser poquísimos o numerosos, lo decisivo es su voluntad de «cortarse» de la sociedad presente, de destruirla para, después de la purificación a sangre y fuego, construir un nuevo mundo. Su impaciencia explica su violencia destinada a precipitar la marcha de la historia, para aniquilar la historia misma. Ahí está el iconoclasmo bizantino, contempo-

---

**Jean Meyer:** historiador-investigador del Centro de Investigación y Docencia Económica - CIDE, México.

**Palabras clave:** islam, Osama Bin Laden, política internacional.

---

ráneo del éxito inicial del islam vecino, el catarismo bogomil, el anabaptismo de Alemania y, muy recientemente, cierta tentación milenarista entre los guerrilleros católicos de una teología de la revolución, mal disimulada detrás de una legítima teología de la liberación. Eso en una Centroamérica que empieza en el sureste mexicano, entre 1965 y 1995. Así en todas las casas se cuecen habas.

Tercer punto: la secta apocalíptica no necesita de religión, puede ser política como la populista o la secta social-revolucionaria rusa, cuando la política se transmuta en religión: comunismo, fascismo, nacional-socialismo con su hiper-

***la secta apocalíptica  
no necesita de religión,  
puede ser política  
como la populista  
o la secta social-  
revolucionaria rusa***

secta de los nazis entre los nazis, la «orden negra» de la S.S. Esta última precisión nos lleva a pensar que en la presente galaxia, nebulosa terrorista globalizadora y mundialista, la misma que denuncia la globalización, figuran sectas apocalípticas que no son ni judaicas, ni cristianas, ni musulmanas, sino que bien pueden aliarse con las anteriores

en lo que Adam Michnik propone llamar un Fundintern, una Internacional Fundamentalista; a Ilich Ramírez, alias Carlos, alias El Chacal antes de convertirse al islam, no lo movía ninguna religión; a los terroristas alemanes de la Rote Armee Fraktion, a los brigadistas italianos, a los franceses de Acción Directa, a los japoneses, etc., tampoco. Sin contar con las alianzas momentáneas o duraderas con los terrorismos nacionalistas grandes y chicos, y con los juegos de los servicios secretos. En común todos tienen la voluntad tan vieja como el mundo de provocar el crepúsculo de los dioses para que surja una nueva tierra purificada, y todos gritan: ¡Apocalipsis, ahora!

Ahora bien, el historiador debe recordar, sin el menor prejuicio anti-islámico, que la tentación apocalíptica ha sido más fuerte en tierra islámica, más recurrente que en otras tierras, por una relación especial con el poder. El poder y la violencia pueden encontrarse explícitamente marginados, como en el budismo, o separados de la religión, según el principio de «al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios», como en el cristianismo. Podría darse en el islam, pero el proceso empieza apenas ahora en el seno de la muy reciente diáspora en el mundo occidental (que los musulmanes llaman con razón «cristiano») y falta un tiempo para que sea aceptada esa separación de los reinos. Si bien fue afirmada desde el primer día en el cristianismo, a los cristianos les costó siglos, si no es que milenios, y sangre y conflictos para entender el mensaje. La naturaleza del islam es «la sumisión a Alá», y sobre ese pilar se ha construido históricamente el poder musulmán. Esa sumisión incondicional se en-

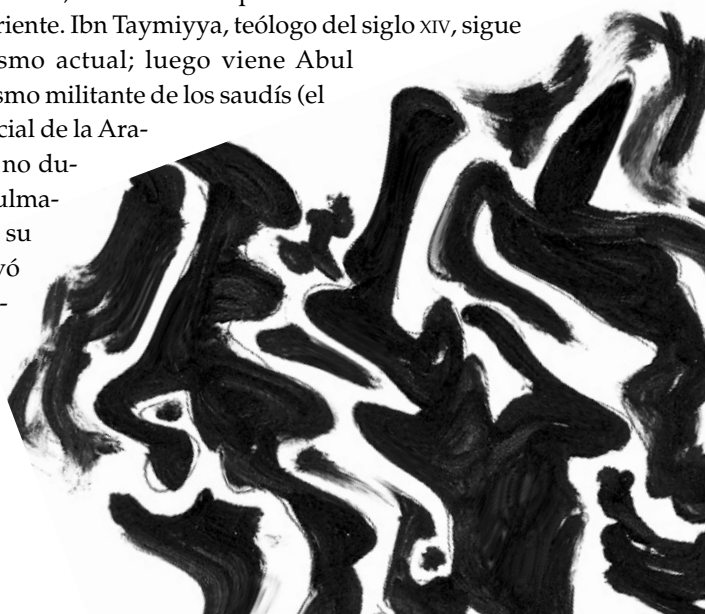
cuentra compensada en la esfera pública con el poder otorgado a los creyentes, a la comunidad de los creyentes (la *umma* islámica), sobre los que no lo son. Y en la esfera privada por el poder que Dios concede al hombre sobre la mujer. Ha existido, existe y lo más probable es que se desarrollará un islam benévolo y generoso, pero la realidad es que el espíritu combatiente que anima a todo radicalismo musulmán se fundamenta en la lectura del Corán:

La recompensa de quienes combaten a Dios y a su enviado ... consistirá en ser matados o crucificados, o en que les corten las manos y pies opuestos, o que sean expulsados de la tierra que habitan. Esta será su recompensa en este mundo (V, 37-33).

Si no se apartan de vosotros, ni ofrecen la sumisión, ni dejan en reposo sus manos, entonces cogedlos, matadlos donde los encontréis. Os damos sobre esos un poder manifiesto (IV, 93-91). (Traducción de Juan Vernet.)

La consigna es clara: los que se oponen a la dominación del islam deberán ser vencidos, y la tolerancia funciona solo cuando el no creyente acepta la subordinación definitiva. La gran mayoría de los musulmanes contemporáneos no tiene nada que ver con el terrorismo de la nueva secta apocalíptica, que sin embargo se inscribe en la continuación de una larga tradición. Unos pocos ejemplos: entre 1061 y 1147, los monjes-guerreros almorábitas, desde sus conventos del actual Senegal-Mauritania, conquistaron Marruecos y Andalucía, «purificando» una cultura urbana y tolerante que consideraban una traición al islam. Les tocó a su vez ser «purificados» después de su «decadencia» por los almohades (1147-1269), según el mismo esquema y la misma geografía. Así empezó el lento final de la España multirreligiosa y multicultural.

Mientras, en 1190, al otro extremo del mundo musulmán, Hassan al Sabbah fundaba su secta apocalíptica, la de los «hashishin», llamados a una siniestra y eterna celebridad: asesinos suicidas, temidos tanto por los musulmanes como por los cristianos del Medio Oriente. Ibn Taymiyya, teólogo del siglo XIV, sigue inspirando al fundamentalismo actual; luego viene Abul Wahhab, el padre del puritanismo militante de los saudíes (el wahhabismo es la doctrina oficial de la Arabia Saudita). El y sus huestes no duraron en exterminar a los musulmanes que calificaban de infieles; su radicalismo implacable los llevó a tomar La Meca a sangre y fuego y a destruir todo lo que consideraban «ídolos», incluso la tumba del profeta... De manera que la destrucción de



los budas gigantes de Bamyán, sugerida en 2001 por Bin Laden, el árabe wahhabi, a sus amigos del Afganistán talibán no debería sorprender.

Bin Laden (debería escribirse Ben Laden o Bin Ladin) desde su evidente modernidad, niega a ésta y pretende borrar la historia para recuperar la pureza mítica de un islam primordial. ¿Pero de dónde viene ese hombre y por qué ese aparente regreso a un pasado que pudo haber pasado? Otra vez el recurso a la historia es necesario. Hace 40 años el mundo árabe era americanófilo y vibraba de entusiasmo para el proyecto de socialismo pan-árabe del joven oficial Gamal Abd el Naser; la cumbre de la popularidad de Estados Unidos se sitúa en el

***Decir que Bin Laden  
 no es el islam o que es  
 una parodia del islam  
 es un error;  
 no es todo el islam  
 pero es parte de él***

otoño de 1956, cuando EEUU obliga a Inglaterra, Francia e Israel, coligados contra un Naser que había nacionalizado el canal de Suez, a evacuar los territorios ocupados en una guerra-relámpago. En ese momento nadie hablaba del islam, nadie confundía la religión con la política, la hora era del nacionalismo, del desarrollo, de la modernización, de

la emancipación de la mujer. Naser mandaba a colgar al fundador de la secta fundamentalista de los Hermanos Musulmanes, de los cuales el brazo derecho de Bin Laden es hoy el heredero (el egipcio Zawahiri, quien participó en la organización del asesinato en 1981 de Anuar al Sadate, heredero y continuador de Naser).

Todo cambió con la Guerra de los Seis Días y la derrota (1967) de Naser frente a Israel. Se esfumó la ilusión de una rápida solución de los problemas y empezó a gestarse un sentimiento radical de ira hacia EEUU. Había que buscar un culpable: Israel estaba en primera fila y detrás de él, sus protectores (Occidente). Cuando desapareció la URSS, otro objeto de la ira árabe, puesto que era el principal enemigo de un islam que durante 70 años había perseguido con saña, como todas las religiones, Occidente y ese super-occidente que es EEUU, heredó toda la carga de odio (y amor) árabe y musulmán. Intento decir que ese proceso es reciente, que es histórico y por lo tanto reversible.

Decir que Bin Laden no es el islam o que es una parodia del islam es un error; no es todo el islam pero es parte de él. Ahora bien, las autoridades espirituales musulmanas de América y de Francia, representantes de un islam geográficamente muy reciente, han demostrado en sus declaraciones que se está gestando un islam sublimado que descubre la separación de los reinos y no tiene nada que ver con Fundintern. Esa es nuestra esperanza.